

de la social democracia y de los socialismos utópicos frente a las soluciones propuestas por la democracia cristiana europea.

Carlos Ortiz de Landázuri

Dolby Mugica, M^a del Carmen: *El hombre es imagen de Dios. Visión antropológica de San Agustín*, Eunsa, Pamplona, 1993, 280 págs.

"En una época como la de hoy el tema del hombre como imagen de Dios puede aportar un nuevo camino al estudio especulativo del ser humano": tal es el propósito que, formulado por la autora en la Introducción, persigue este estudio sobre la comprensión agustiniana de la imagen de Dios en el hombre. En el libro, C. Dolby recorre toda la producción filosófica y teológica del obispo de Hipona. Esta minuciosa investigación se convierte por ello mismo en una fuente de obligada referencia para los estudiosos de la cuestión filosófico-teológica de la imagen.

Desde los primeros *Diálogos* de Casiciaco aparecen los elementos principales del pensamiento agustiniano que confluyen en la elaboración del tema de la imagen. Frente a los seres meramente corpóreos, que son *vestigia Dei*, el hombre es imagen de Dios, imagen que se encuentra en el "hombre interior", donde reside la razón y la inteligencia (p. 62), esto es, en la parte superior del alma o *mens* (p. 73).

Es importante resaltar que la imagen tiene en el hombre dos dimensiones, una *estática*, que le viene dada por su misma constitución, y otra *dinámica*, que supone una "restauración paulatina" después del pecado, hasta conseguir la perfecta imagen de la divinidad, lo cual reafirma San Agustín frente al maniqueísmo y al pelagianismo (p. 147). Engarza aquí una vertiente fundamental de toda la ascética y la mística cristianas: el alma va pasando por diversos grados o etapas, hasta alcanzar la perfecta semejanza con aquello de lo cual es imagen, esto es, Dios. Semejanza que, frente a cualquier tipo de monismo o panteísmo, nunca será identificación (p. 159).

El *De Trinitate*, siguiendo fundamentalmente la doctrina expuesta, se centra más concretamente en la búsqueda del Dios trinitario en el hombre, a través de las "diversas trinitades" halladas en la propia constitución del ser humano. Esto constituye precisamente la aportación más típicamente agustiniana. La trinidad más profunda y más cercana al modelo la encuentra Agustín en la "trinidad de las facultades" del hombre interior (p. 191): memoria, inteligencia y voluntad; entre las cuales halla una verdadera circuncesión, análoga a la de la Trinidad creadora: la memoria engendra la inteligencia de sí y la voluntad las une en abrazo amoroso (p. 205).

Por último, la contemplación de lo divino en el hombre constituye para éste la verdadera sabiduría que, a la vez que renueva interiormente la imagen divina en el hombre, le otorga la felicidad (p. 210). Tal es, concluye la autora, el móvil de la filosofía agustiniana: Dios o la búsqueda de la felicidad (p. 234). Esta cuestión será tratada en la obra con la que culmina la producción agustiniana: *De Civitate Dei*.

Todas estas cuestiones, que se hallan coimplicadas al tratar el asunto de la imagen divina en el hombre, son desarrolladas con gran claridad en el libro que reseñamos. Ello, unido a la profundidad del tema, otorga un mérito preciso a la autora del libro

María Jesús Soto

Fernández Burillo, Santiago: *El misterio del conocimiento. Jaime Balmes y la "Filosofía Transcendental"*, Balmes, Cuadernos de "Espíritu", Barcelona, 1993, 160 págs.

En la presente obra, el Dr. Fernández Burillo, hace una exposición innovadora y muy documentada del pensamiento de Jaime Balmes en lo relativo al tema metafísico por antonomasia: el conocimiento. El libro, además de ser original, riguroso y profundo, se nota que está escrito por un verdadero "amante de la sabiduría" que nos recomienda "volver a leer a Balmes". "Que su lectura, afirma, haya caído en desuso en los últimos tiempos, entre quienes se preparaban para la vida académica, es todo un síntoma revelador de cómo está la vida académica". Con esta profunda convicción comienza la aventura de una investigación que está destinada a "tocar fondo".

Página tras página, dialoga el autor con Suárez, Descartes y Kant y con la tradición aristotélico-tomista sobre la esencia del conocimiento. La tesis central del libro es que hay en Balmes una genuina y original "Filosofía transcendental del conocimiento" que se opone radicalmente al transcendentismo inmanentista del Racionalismo. La pieza clave es el "*instinto intelectual*", gracias al cual recupera Balmes la noción clásica de *naturaleza*. El autor pone de manifiesto reiteradamente lo mucho que debe el filósofo de Vic al suarismo, así como la ausencia en su filosofía de las estructuras acto-potenciales.

El libro está dividido en seis capítulos. En el primero se expone el planteamiento general del libro y su tesis fundamental. El autor pone de manifiesto que la obra balmesiana tiene una doble finalidad: 1) Contra la Ciencia transcendental es *polémica* y pretende demostrar la existencia de una *principio primero* del conocimiento y del ser (*vía ascendente*). 2) La segunda finalidad es doctrinal: establecer sólidamente el edificio del saber humano, uno de cuyos cimientos es el *instinto intelectual* (*vía descendente*). Balmes ha encontrado en el *instinto intelectual* el punto fuera del *sistema* para enjuiciar y superar el criticismo, y retorna, mediante la recuperación del concepto de *naturaleza*, a un realismo confrontado con el Idealismo Transcendental.

El segundo capítulo trata de responder a esta cuestión: ¿Existe una verdad de la cual dimanen todas las otras? La respuesta, en su parte negativa, es el rechazo del Idealismo lógico; y, en su parte afirmativa, es la demostración balmesiana de la existencia de Dios a partir de la inteligencia creada.

En el tercer capítulo explica cómo, a pesar de que Balmes se acerca a la teoría tomista del *verbum mentale*, según la cual todo entender conlleva un causar interior, que es *decir*; sin embargo, su doctrina es esencialmente suarista. En el siguiente capítulo titulado "La Verdad que ilumina" se expone la